

perdemos y modificamos palabra a palabra a pesar de su uso frecuente y habitual en el quehacer diario, y que nos ayudan a no desviarnos de parámetros científicos previos ya establecidos. Es buena la consulta y reconsulta de publicaciones como ésta para siempre ajustarse con la máxima concisión a los términos exactos, e incluso en aquellos casos en que su definición pueda parecer una obviedad repetida para aquellos especialistas. Y por supuesto con estas publicaciones, siempre se aprenden nuevas terminologías o terminologías que en el idioma propio han caído en desuso como pueden ser para el caso los términos de criómero, suelos crióticos, acuiclusa, eisirinde, etc.

En suma, publicaciones como la que referida en el presente escrito son siempre publicaciones a ser tenidas en cuenta, cercanas a uno y presentes, tratándose además de una oportunidad única, proporcionando, al menos en parte, y a través de una rápida y fácil búsqueda, esos rigurosos puentes de unión lingüísticos necesarios para seguir haciendo Ciencia. Para seguir avanzando. Al menos, así lo expresan magistralmente los autores que a pesar de lo que se manifiesta en su introducción: *«proveer a la comunidad sudamericana de una descripción de términos perglaciares y glaciarios»*; su alcance trasgrede más allá de la citada comunidad. O así lo entiende el suscriptor de la presente reseña.

Manuel Gómez Lende

Grupo de Investigación PANGEA. Universidad de Valladolid.



Fernando MANERO MIGUEL (2015): *Donde los vientos nunca se detienen. Andanzas y enseñanzas viajeras de un geógrafo en la América Austral*. Ediciones Universidad de Valladolid. Con la colaboración del Grupo de Investigación Reconocido (GIR) CITERIOR (Ciudad y Ordenación del Territorio). 173 pp. Más índice onomástico. [ISBN: 978-84-8448-846-0]

Un año y medio antes de su preceptiva jubilación el profesor Fernando Manero Miguel nos ha obsequiado con un libro, a modo de memorias, sobre sus viajes como geógrafo a través de América Austral. El título principal alude a un aspecto del medio físico, como son «vientos»; pero el contenido del libro versa en su gran mayoría sobre la intervención humana en el espacio geográfico, porque profesionalmente el autor es Catedrático del área de conocimiento de Geografía Humana en la Universidad de Valladolid. Yo, sin embargo, soy experto en el área de conocimiento de Geografía Física en dicha Universidad;

es decir, mi especialidad profesional es la de la otra gran rama de la Geografía, pues opino (y creo que también bastantes geógrafos y profesores universitarios) que el saber geográfico tiene dos ramas necesariamente separadas y complementarias: Geografía Física y Geografía Humana como áreas de conocimiento. La otra área de conocimiento vigente en la Universidad Española, denominada «Análisis Geográfico Regional», existe solo como requisito administrativo, pero no altera la citada entidad dual científica de la Geografía. Todo esto lo señalo, porque, aunque soy geógrafo «físico», admiro y respeto la Geografía Humana y sobremanera a Fernando Manero, quien fue profesor mío, me dirigió la Tesis Doctoral (la primera que dirigió) y, además, uno de mis principales maestros y magnífico compañero en el Departamento de Geografía de la Universidad de Valladolid desde finales de los años setenta del pasado siglo.

Fernando Manero y yo tenemos, pues, muchas afinidades y experiencias en común. De entre éstas hace al caso destacar que ambos tuvimos como maestro principal al gran geógrafo Don Jesús García Fernández, es decir, «Don Jesús», como siempre le hemos llamado y le seguimos evocando. Ciertamente, el influjo benéfico de «Don Jesús» se nota en el autor de este libro en lo «bien amueblada» que tiene su cabeza de cara al planteamiento sistemático de los hechos de interés geográfico, así como incluso en el uso cabal de ciertas palabras singulares: embarnecer, anfractuoso, etc. Y efectivamente el libro está estructurado con coherencia cronológica y expositiva del texto, que viene precedido del prólogo realizado por el gran escritor vallisoletano y amigo del autor Gustavo Martín Garzo, quien en este caso estimo que hace lo que puede como homenaje a su amigo, pero sin el brillo que caracteriza a sus narraciones de ficción.

A continuación, Fernando Manero traza una introducción, que denomina presentación, en la que indica el periodo de veinte años (de 1994 a 2013) y 32 viajes a América del Sur, que son «experiencias acumuladas y debidamente estructuradas» (página 23) sobre el conocimiento geográfico de Latinoamérica, señalando que pretende «una especie de crónica organizada en torno a hechos ocurridos» (página 25). Esta presentación contiene un mapa elemental de los espacios visitados que da paso al título expresivo «Geografía y experiencia viajera: La mirada atenta y la percepción de los espacios contrastados». Toda una declaración de intenciones y objetivos de interés para un geógrafo viajero. Y ya desde esta misma presentación el texto está siempre ilustrado con 57 fotografías numeradas (más alguna otra), que son de excelente calidad técnica, pues otra faceta positiva más de Fernando Manero (quizá poco conocida) es su gran afición a la fotografía y su condición de estupendo fotógrafo. Únicamente cabe mejorar al respecto que los pies de fotos deberían tener un

texto algo más expresivo y largo para que el lector disfrute más intensamente de las enseñanzas de las buenas imágenes. Destaco dos fotografías por sus implicaciones profesionales y personales para mí. La primera (foto n° 18 en la página 74) porque está hecha por el profesor Luis Jesús pastor Antolín, cuya trágica y prematura muerte sigo recordando y lamentando. Además, en la misma página de esta fotografía el texto cuenta una curiosa anécdota de la posible pernoctación en una finca agraria del Norte de Uruguay con peligro de «las cureras» (una especie de víbora); pernoctación que con todo el sentido común fue rechazada por Fernando Manero, ya que «el riesgo superaba el interés de la experiencia». Vamos, el «primum vivere, deinde filosofare» de toda la vida. Y la otra fotografía (la n° 10 en la página 50) que me congratula como geógrafo «físico» y naturalista, es la de tres ejemplares de bisonte europeo (*Bison bonasus*, Linnaeus 1758) en la Reserva de la Biosfera del Bosque de Bialowieza (en Polonia), pues ha representado la única área relicta del bisonte europeo en la naturaleza silvestre, por la que se ha evitado la extinción de la emblemática especie de «los bisontes de Altamira». Y entonces surge la pregunta de qué hace tal fotografía en este libro de viajes por América Austral. La explicación es la participación de Fernando Manero en un importante congreso sobre América Latina que tuvo lugar en Varsovia durante el mes de junio del año 1995, lo que ha sido también positivo por la experiencia de conocimiento geográfico que nos transmite el autor sobre este país del Este de Europa en una época crucial de cambio tras el reciente final oficial de «La Guerra Fría».

Las fotografías numerosas y excelentes complementan un texto muy meritorio, que es resultado de la memoria prodigiosa y de mucho trabajo metódico, a modo de anotaciones de diario, con que nos obsequia Fernando Manero. Sus experiencias las estructura en cuatro capítulos con títulos tan didácticos, expresivos y de tanta riqueza literaria que conviene reproducirlos tal cual: 1) *Los pôos de açucar* de Río de Janeiro, el variopinto mundo de los poderes locales y los debates inconclusos sobre Argentina; 2) Descubriendo Latinoamérica en las llanuras de Polonia, aproximación a MERCOSUR y las sorpresas del espacio uruguayo; 3) Ciudades, rutas y ríos. Acerca de los paisajes andinos y patagónicos; 4) Entre el Atlántico y el Pacífico: de la integración bioceánica y los espacios para el turismo a los impactos provocados por la furia de la Tierra.

Hay muchas y valiosas experiencias profesionales y personales a lo largo de Brasil y, sobre todo, de Uruguay, Argentina y Chile; país éste que es donde termina el libro en un viaje durante el año 2013. Aquí y en los demás lugares nos aporta enseñanzas muy positivas para la formación y enriquecimiento científicos de los geógrafos hasta el punto de que el autor abre perspectivas

poco percibidas y difíciles de lograr, puesto que ha conocido «fenómenos, realidades y situaciones que no figuran en las guías, que previsiblemente jamás figurarán en ellas y que de otro modo hubiera sido imposible descubrir, pese a que también existen» (página 155). Y termina (página 173) con la gratitud hacia las personas de América Austral con las que convivió y aprendió y de las que recibió «pruebas de deferencia que sinceramente agradezco para conocer, comprender, interpretar y admirar a las gentes y a los paisajes de América del Sur». Asimismo, es de justicia dar las gracias a Fernando Manero por el esfuerzo y la praxis de inteligencia que ha vertido en la elaboración de este libro y por todas sus valiosas enseñanzas como profesor, maestro y compañero.

Guillermo Calonge Cano

Departamento de Geografía. Universidad de Valladolid